

SEDE APOSTÓLICA

SANTO PADRE

Benedicto XVI

Catequesis

AUDIENCIA GENERAL - AÑO DE LA FE 2012-2013

Fue concebido por obra del Espíritu Santo

2 de enero de 2013

Queridos hermanos y hermanas:

La Natividad del Señor ilumina una vez más con su luz las tinieblas que a menudo envuelven nuestro mundo y nuestro corazón, y trae esperanza y alegría. ¿De dónde viene esta luz? De la gruta de Belén, donde los pastores encontraron a «*María y a José, y al niño acostado en el pesebre*» (Lc 2,16). Ante esta Sagrada Familia, surge otra pregunta más profunda: ¿cómo pudo aquel pequeño y débil Niño traer al mundo una novedad tan radical como para cambiar el curso de la historia? ¿No hay, tal vez, algo misterioso en su origen que va más allá de aquella gruta?

De este modo resurge siempre la pregunta sobre el origen de Jesús, la misma que plantea el procurador Poncio Pilato durante el proceso: «*¿De dónde eres?*» (Jn 19,9). Sin embargo, su origen está bien claro. En el Evangelio de Juan, cuando el Señor afirma: «*Yo soy el pan bajado del cielo*», los judíos reaccionan murmurando: «*¿No es este Jesús, el hijo de José? ¿No conocemos a su padre y a su madre? ¿Cómo dice ahora que ha bajado del cielo?*» (Jn 6,41-42). Y, poco más tarde, los habitantes de Jerusalén se opusieron con fuerza ante la pretensión mesiánica de Jesús, afirmando que se conoce bien «*de dónde viene; mientras que el Mesías, cuando llegue, nadie sabrá de dónde viene*» (Jn 7,27). Jesús mismo hace notar lo inadecuada que es su pretensión de conocer su origen, y con esto ya ofrece una orientación para saber de dónde viene: «*No vengo por mi cuenta, sino que el Verdadero es el que me envía; a ese vosotros no lo conocéis*» (Jn 7,28). Ciertamente, Jesús es originario de Nazaret, nació en Belén, pero ¿qué se sabe de su verdadero origen?

En los cuatro Evangelios emerge con claridad la respuesta a la pregunta sobre "de dónde" viene Jesús: su verdadero origen es el Padre, Dios; Él proviene totalmente de Él, pero de un modo distinto al de todos los profetas o enviados por Dios que lo han precedido. Este origen en el misterio de Dios, "que nadie conoce", ya está contenido en los relatos de la infancia de los Evangelios de Mateo y de Lucas, que estamos leyendo en este tiempo navideño. El ángel Gabriel anuncia: «*El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios*» (Lc 1,35). Repetimos estas palabras cada vez que rezamos el Credo, la profesión de fe: «*Et incarnatus est de Spiritu Sancto, ex Maria Virgine*», 'Y por obra del Espíritu Santo, se encarnó de María, la Virgen'. En esta frase nos arrodillamos porque el velo que escondía a Dios, por así decirlo, se abre, y su misterio insondable e inaccesible nos toca: Dios se convierte en el Emmanuel, "Dios con nosotros". Cuando escuchamos las misas compuestas por los grandes maestros de la música sacra —pienso, por ejemplo, en la *Misa de la Coronación*, de Mozart— notamos enseguida cómo se detienen de modo especial en esta frase, casi queriendo expresar con el lenguaje universal de la música aquello que las palabras no pueden manifestar: el gran misterio de Dios que se encarna, que se hace hombre.

Si consideramos atentamente la expresión «*por obra del Espíritu Santo, se encarnó de María, la Virgen*», encontramos que la misma incluye cuatro sujetos que actúan. De modo explícito se menciona al Espíritu Santo y a María, pero está sobreentendido "Él", es decir, el Hijo, que se hizo carne en el seno de la Virgen. En la Profesión de fe, el Credo, se define a Jesús con diversos apelativos: «*Señor Jesucristo, Hijo único de Dios... Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero... de la misma naturaleza del Padre*» (Credo Nicenoconstantinopolitano). Vemos entonces que "Él" remite a otra persona, al Padre. El primer sujeto de esta frase es, por lo tanto, el Padre, que, con el Hijo y el Espíritu Santo, es el único Dios.

Esta afirmación del Credo no se refiere al ser eterno de Dios, sino que más bien nos habla de una acción en la que toman parte las tres Personas divinas y que se realiza «*ex Maria Virgine*». Sin ella, la entrada de Dios en la historia de la humanidad no se habría completado, ni habría tenido lugar aquello que es central en nuestra Profesión de fe: Dios es un "Dios con nosotros". Así, María pertenece de modo irrenunciable a nuestra fe en el Dios que obra, que entra en la historia. Ella pone a disposición toda su persona, "acepta" convertirse en lugar en el que habita Dios.

A veces, en el camino y en la vida de fe podemos también advertir nuestra pobreza, nuestra inadecuación ante el testimonio que se ha de ofrecer al mundo. Pero Dios ha elegido precisamente a una humilde mujer, en una aldea desconocida, en una de las provincias más lejanas del gran Imperio romano. Siempre, incluso ante las dificultades más arduas de afrontar, debemos tener confianza en Dios, renovando la fe en su presencia y su acción en nuestra historia, como en la de María. ¡Nada es imposible para Dios! Con Él, nuestra existencia camina siempre sobre terreno seguro y está abierta a un futuro de esperanza firme.

Profesando en el Credo: «*Por obra del Espíritu Santo, se encarnó de María, la Virgen*», afirmamos que el Espíritu Santo, como fuerza del Dios Altísimo, ha obrado de modo misterioso la concepción del Hijo de Dios en la Virgen María. El evangelista Lucas reproduce las palabras del arcángel Gabriel: «*El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra*» (Lc 1,35). Son evidentes dos remisiones: la primera es al momento de la creación. Al comienzo del libro del Génesis, leemos que «*el espíritu de Dios se cernía sobre la faz de las aguas*» (Gn 1,2); es el Espíritu creador que ha dado vida a todas las cosas y al ser humano. Lo que acontece en María, mediante la acción del mismo Espíritu divino, es una nueva creación: Dios, que ha llamado al ser de la nada, da vida con la Encarnación a un nuevo inicio de la humanidad. Los Padres de la Iglesia hablan en más de una ocasión de Cristo como el nuevo Adán, para poner de relieve el inicio de la nueva creación por el nacimiento del Hijo de Dios en el seno de la Virgen María.

Esto nos hace reflexionar sobre cómo la fe nos trae también a nosotros una novedad tan fuerte que es capaz de producir un segundo nacimiento. En efecto, al comienzo del ser cristianos está el Bautismo, que nos hace renacer como hijos de Dios, nos hace participar en la relación filial que Jesús tiene con el Padre. Y quisiera hacer notar cómo el Bautismo se *recibe*, nosotros "somos bautizados" —es voz pasiva—, porque nadie es capaz de hacerse hijo de Dios por sí mismo: es un don que se transmite gratuitamente. San Pablo se refiere a esta filiación adoptiva de los cristianos en un pasaje central de su Carta a los Romanos, donde escribe: «*Cuantos se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino que habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: "¡Abba, Padre!"*. Ese mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios» (Rm 8,14-16), no siervos. Solo si nos abrimos a la acción de Dios, como María; solo si confiamos nuestra vida al Señor como a un amigo de quien nos fiamos totalmente, todo cambia, nuestra vida adquiere un sentido nuevo y un rostro nuevo: el de hijos de un Padre que nos ama y nunca nos abandona.

Hemos hablado de dos elementos: el primer elemento, el Espíritu sobre las aguas, el Espíritu Creador. Hay otro elemento en las palabras de la Anunciación. El ángel dice a María: «*La fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra*». Es una referencia a la nube santa que, durante el camino del éxodo, se detenía sobre la tienda del encuentro, sobre el arca de la Alianza, que el pueblo de Israel llevaba consigo, y que indicaba la presencia de Dios (cf. Ex 40,34-38). María, por lo tanto, es la nueva tienda santa, la nueva arca de la alianza: con su "sí" a las palabras del arcángel, Dios recibe una morada en este mundo; Aquel al que el universo no puede contener establece su morada en el seno de una virgen.

Volvamos, entonces, a la cuestión de la que hemos partido, la cuestión sobre el origen de Jesús, sintetizada por la pregunta de Pilato: «*¿De dónde eres?*». En nuestras reflexiones se ve claro, desde el inicio de los Evangelios, cuál es el verdadero origen de Jesús: Él es el Hijo unigénito del Padre; viene de Dios. Nos encontramos ante el gran e impresionante misterio que celebramos en este tiempo de Navidad: el Hijo de Dios, por obra del Espíritu Santo, se ha encarnado en el seno de la Virgen María. Este es un anuncio que siempre resuena de nuevo y que trae consigo esperanza y alegría a nuestro corazón, porque nos da cada vez la certeza de que, aunque a menudo nos sintamos débiles, pobres, incapaces ante las

dificultades y los males del mundo, el poder de Dios actúa siempre y hace maravillas precisamente en la debilidad. Su gracia es nuestra fuerza (cf. 2Co 12,9-10). Gracias.

(Saludo a los peregrinos de lengua española)

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI
Catequesis

AUDIENCIA GENERAL - AÑO DE LA FE 2012-2013

Fue concebido por obra del Espíritu Santo

2 de enero de 2013

Queridos hermanos y hermanas:

La Natividad del Señor ilumina una vez más con su luz las tinieblas que a menudo envuelven nuestro mundo y nuestro corazón, y trae esperanza y alegría. ¿De dónde viene esta luz? De la gruta de Belén, donde los pastores encontraron a «*María y a José, y al niño acostado en el pesebre*» (Lc 2,16). Ante esta Sagrada Familia, surge otra pregunta más profunda: ¿cómo pudo aquel pequeño y débil Niño traer al mundo una novedad tan radical como para cambiar el curso de la historia? ¿No hay, tal vez, algo misterioso en su origen que va más allá de aquella gruta?

De este modo resurge siempre la pregunta sobre el origen de Jesús, la misma que plantea el procurador Poncio Pilato durante el proceso: «*¿De dónde eres?*» (Jn 19,9). Sin embargo, su origen está bien claro. En el Evangelio de Juan, cuando el Señor afirma: «*Yo soy el pan bajado del cielo*», los judíos reaccionan murmurando: «*¿No es este Jesús, el hijo de José? ¿No conocemos a su padre y a su madre? ¿Cómo dice ahora que ha bajado del cielo?*» (Jn 6,41-42). Y, poco más tarde, los habitantes de Jerusalén se opusieron con fuerza ante la pretensión mesiánica de Jesús, afirmando que se conoce bien «*de dónde viene; mientras que el Mesías, cuando llegue, nadie sabrá de dónde viene*» (Jn 7,27). Jesús mismo hace notar lo inadecuada que es su pretensión de conocer su origen, y con esto ya ofrece una orientación para saber de dónde viene: «*No vengo por mi cuenta, sino que el Verdadero es el que me envía; a ese vosotros no lo conocéis*» (Jn 7,28). Cierto, Jesús es originario de Nazaret, nació en Belén, pero ¿qué se sabe de su verdadero origen?

En los cuatro Evangelios emerge con claridad la respuesta a la pregunta sobre "de dónde" viene Jesús: su verdadero origen es el Padre, Dios; Él proviene totalmente de Él, pero de un modo distinto al de todos los profetas o enviados por Dios que lo han precedido. Este origen en el misterio de Dios, "que nadie conoce", ya está contenido en los relatos de la infancia de los Evangelios de Mateo y de Lucas, que estamos leyendo en este tiempo navideño. El ángel Gabriel anuncia: «*El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios*» (Lc 1,35). Repetimos estas palabras cada vez que rezamos el Credo, la profesión de fe: «*Et incarnatus est de Spiritu Sancto, ex Maria Virgine*», 'Y por obra del Espíritu Santo, se encarnó de María, la Virgen'. En esta frase nos arrodillamos porque el velo que escondía a Dios, por así decirlo, se abre, y su misterio insondable e inaccesible nos toca: Dios se convierte en el Emmanuel, "Dios con nosotros". Cuando escuchamos las misas compuestas por los grandes maestros de la música sacra —pienso, por ejemplo, en la *Misa de la Coronación*, de Mozart— notamos enseguida cómo se detienen de modo especial en esta frase, casi queriendo expresar con el lenguaje universal de la música aquello que las palabras no pueden manifestar: el gran misterio de Dios que se encarna, que se hace hombre.

Si consideramos atentamente la expresión «*por obra del Espíritu Santo, se encarnó de María, la Virgen*», encontramos que la misma incluye cuatro sujetos que actúan. De modo explícito se menciona al Espíritu Santo y a María, pero está sobreentendido "Él", es decir, el Hijo, que se hizo carne en el seno de la Virgen. En la Profesión de fe, el Credo, se define a Jesús con diversos apelativos: «*Señor Jesucristo, Hijo único de Dios... Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero... de la misma naturaleza del Padre*» (Credo Nicenoconstantinopolitano). Vemos entonces que "Él" remite a otra persona, al Padre. El primer sujeto de esta frase es, por lo tanto, el Padre, que, con el Hijo y el Espíritu Santo, es el único Dios.

Esta afirmación del Credo no se refiere al ser eterno de Dios, sino que más bien nos habla de una acción en la que toman parte las tres Personas divinas y que se realiza «*ex Maria Virgine*». Sin ella, la entrada de Dios en la historia de la humanidad no se habría completado, ni habría tenido lugar aquello que es central en nuestra Profesión de fe: Dios es un "Dios con nosotros". Así, María pertenece de modo irrenunciable a nuestra fe en el Dios que obra, que entra en la historia. Ella pone a disposición toda su persona, "acepta" convertirse en lugar en el que habita Dios.

A veces, en el camino y en la vida de fe podemos también advertir nuestra pobreza, nuestra inadecuación ante el testimonio que se ha de ofrecer al mundo. Pero Dios ha elegido precisamente a una humilde mujer, en una aldea desconocida, en una de las provincias más lejanas del gran Imperio romano. Siempre, incluso ante las dificultades más arduas de afrontar, debemos tener confianza en Dios, renovando la fe en su presencia y su acción en nuestra historia, como en la de María. ¡Nada es imposible

para Dios! Con Él, nuestra existencia camina siempre sobre terreno seguro y está abierta a un futuro de esperanza firme.

Profesando en el Credo: *«Por obra del Espíritu Santo, se encarnó de María, la Virgen»*, afirmamos que el Espíritu Santo, como fuerza del Dios Altísimo, ha obrado de modo misterioso la concepción del Hijo de Dios en la Virgen María. El evangelista Lucas reproduce las palabras del arcángel Gabriel: *«El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra»* (Lc 1,35). Son evidentes dos remisiones: la primera es al momento de la creación. Al comienzo del libro del Génesis, leemos que *«el espíritu de Dios se cernía sobre la faz de las aguas»* (Gn 1,2); es el Espíritu creador que ha dado vida a todas las cosas y al ser humano. Lo que acontece en María, mediante la acción del mismo Espíritu divino, es una nueva creación: Dios, que ha llamado al ser de la nada, da vida con la Encarnación a un nuevo inicio de la humanidad. Los Padres de la Iglesia hablan en más de una ocasión de Cristo como el nuevo Adán, para poner de relieve el inicio de la nueva creación por el nacimiento del Hijo de Dios en el seno de la Virgen María.

Esto nos hace reflexionar sobre cómo la fe nos trae también a nosotros una novedad tan fuerte que es capaz de producir un segundo nacimiento. En efecto, al comienzo del ser cristianos está el Bautismo, que nos hace renacer como hijos de Dios, nos hace participar en la relación filial que Jesús tiene con el Padre. Y quisiera hacer notar cómo el Bautismo se *recibe*, nosotros "somos bautizados" —es voz pasiva—, porque nadie es capaz de hacerse hijo de Dios por sí mismo: es un don que se transmite gratuitamente. San Pablo se refiere a esta filiación adoptiva de los cristianos en un pasaje central de su Carta a los Romanos, donde escribe: *«Cuantos se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor; sino que habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: "¡Abba, Padre!"*. Ese mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios» (Rm 8,14-16), no siervos. Solo si nos abrimos a la acción de Dios, como María; solo si confiamos nuestra vida al Señor como a un amigo de quien nos fiamos totalmente, todo cambia, nuestra vida adquiere un sentido nuevo y un rostro nuevo: el de hijos de un Padre que nos ama y nunca nos abandona.

Hemos hablado de dos elementos: el primer elemento, el Espíritu sobre las aguas, el Espíritu Creador. Hay otro elemento en las palabras de la Anunciación. El ángel dice a María: *«La fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra»*. Es una referencia a la nube santa que, durante el camino del éxodo, se detenía sobre la tienda del encuentro, sobre el arca de la Alianza, que el pueblo de Israel llevaba consigo, y que indicaba la presencia de Dios (cf. Ex 40,34-38). María, por lo tanto, es la nueva tienda santa, la nueva arca de la alianza: con su "sí" a las palabras del arcángel, Dios recibe una morada en este mundo; Aquel al que el universo no puede contener establece su morada en el seno de una virgen.

Volvamos, entonces, a la cuestión de la que hemos partido, la cuestión sobre el origen de Jesús, sintetizada por la pregunta de Pilato: *«¿De dónde eres?»*. En nuestras reflexiones se ve claro, desde el inicio de los Evangelios, cuál es el verdadero origen de Jesús: Él es el Hijo unigénito del Padre; viene de Dios. Nos encontramos ante el gran e impresionante misterio que celebramos en este tiempo de Navidad: el Hijo de Dios, por obra del Espíritu Santo, se ha encarnado en el seno de la Virgen María. Este es un anuncio que siempre resuena de nuevo y que trae consigo esperanza y alegría a nuestro corazón, porque nos da cada vez la certeza de que, aunque a menudo nos sintamos débiles, pobres, incapaces ante las dificultades y los males del mundo, el poder de Dios actúa siempre y hace maravillas precisamente en la debilidad. Su gracia es nuestra fuerza (cf. 2Co 12,9-10). Gracias.

(Saludo a los peregrinos de lengua española)